

He aquí, por tanto, mírese por dónde, que la poesía no es, como concluyera Kant, una "hermosa inutilidad", sino una, en ocasiones, delirante forma de conocimiento, y, como en el caso que nos ocupa, un oculto, aunque lacerante alarido, una insofocable mendiguez de esperanza. Porque si algo está más que clarísimo en el libro "Sobre la Vida" -¡fijémosnos en lo revelador del título mismo!- es que la desesperanza cruza por todas y cada una de sus páginas decepcionadas, y, si se me apura, (leánlo los jefes de gabinete, sus consejeros, los tranquilos agentes del orden, los responsables de imagen de este siglo y sus siglas todas), ululantes. No es posible ahorcar las mariposas ni apalea los ruiseñores. Y porque se está intentando, y hasta logrando esto, la desesperanza cruza por el esqueleto, tan frágil, de Antonio Prieto, o, como él nos confiesa, también, por "las esquinas de sombra", "las plazas de amanecer y vino", "los bares de la ruina", "la prisa de los vasos", y "la deshora de la tarde".

Hay que leer este poemario, si se quiere tomar conciencia del tiempo y del mundo en que vivimos, y constatar, antes de que se nos vaya a la deriva el universo y se nos vele el resplandor, esa "rendija de frío que hay que taponar". Estamos, con la poesía de Prieto Núñez, ante SOS, un grito de auxilio, una voz que reclama la verdad, una ética nueva para sobrevivir, para poder ser. "Vamos a desnudar el carro de sol de su mentira" nos confiesa, tomando entre sus manos el lenguaje y la vida, con metáforas de andar por las calles, cotidianas, últimas.

Antonio Prieto nos da una impresionante meditación sobre la vida con un extraordinario libro vivo consiguiéndonos convencer de que estamos tocando el techo de la desesperación; y, por eso, como decía al principio, se hace necesario que alguien se pare de golpe en el camino y le plante cara a la vida y grite que hay que creer en el amor, en la risa, en la música, en los pájaros, en la inocencia...

Valentín ARTEAGA

